

Evocaciones sobre Carlos Forcadell

Evocations about Carlos Forcadell

Eloy FERNÁNDEZ CLEMENTE

Catedrático jubilado, Universidad de Zaragoza
efernan@unizar.es

Resumen: El autor, tras ordenar cientos de anotaciones, repasar prolijas memorias y muchas publicaciones comunes, se asombra de algo que no había percibido con tanta intensidad: el extraordinario paralelismo que, con tres años y medio menos Carlos Forcadell, catedrático emérito de Historia Contemporánea en Zaragoza, y algunas divergencias menores profesionales o ideológicas, les ha acompañado en el último medio siglo. Se suma con este muy libre estudio a los homenajes que llegan y llegarán en su jubilación, y le declara uno de sus más permanentes y mejores amigos, además de un historiador muy distinguido; pero de esto irán hablando otros, con motivo de su paso a profesor emérito. No habla tampoco de cargos, proyectos de investigación, tesis, tribunales, etc. en que ha sido un trabajador incansable.

Palabras clave: semblanza personal; Carlos Forcadell; historia contemporánea; Universidad de Zaragoza; historiografía.

Sumario: EN ANDALÁN. LA FACULTAD DE EMPRESARIALES. MANUEL TUÑÓN DE LARA. EN LETRAS. EL PARTIDO SOCIALISTA DE ARAGÓN. EL HISTORIADOR. LA «HISTORIA LOCAL». LA INSTITUCIÓN FERNANDO EL CATÓLICO. EL VIEJO AMIGO.

Abstract: The author (after organising hundreds of notes, revising exhaustive reports and many common publications) is surprised by something he had not noticed with that much intensity: the extraordinary parallelism that-with three and a half years less than Carlos Forcadell (emeritus professor of Contemporary History in Zaragoza) and some minor professional and ideological divergences, has accompanied them in the last half century. With this study, he goes along with the tributes that come and will come when he retires and he affirms that he is one of his more permanent and greatest friends and also that he is a very distinguished historian. However, other people will be talking about all of these on the occasion of his emeritus professor position. Neither he talks about careers, investigation projects, thesis, courts, etc. in which he has been an tireless worker.

Keywords: biographical sketch; Carlos Forcadell; Contemporary History; University of Zaragoza; historiography.

En Andalán

Breve alumno del colegio Calasancio de los escolapios de Zaragoza, iba él en primero cuando yo hacía 4º, y poco después marchó al Instituto Goya y yo a otro colegio de los escolapios, Magisterio y finalmente a Letras, donde de nuevo él llegó cuando yo acababa de marcharme a hacer la especialidad en Madrid. Se licenció en 1969, fue breve ayudante de clases prácticas de Historia Contemporánea en esa Facultad, y como se ha escrito, «las características de la situación política y universitaria en el final del franquismo, lo alejaron, junto con otros profesores, de la Universidad de Zaragoza». Nos conocimos en esos trasiegos, pues yo regresé, tras Madrid y cinco años en Teruel, en el otoño de 1971, y él se fue en 1972, becado por el Gobierno alemán un año en la Universidad de Heidelberg, donde prolongaría dos años más en el Seminario de Historia, el Institut für Sozial und Wirtschaftsgeschichte y el Dolmetscher Institut.

Carlos me escribió el 10 de agosto de 1972 (¡en un sobre con el logotipo de Andalán!) desde Boppard, «un pueblecito al lado del Rhin y entre montañas, viendo barcos ir y venir, rodeado de gentes exóticas –el único español soy yo– y aprendiendo alemán a marchas forzadas, con toda clase de laboratorios, magnetófonos, trastos, y seis horas diarias de clase». Como inmediato director le había pedido algo que publicar el 15 de septiembre en el nº 1 de nuestro gran proyecto cultural aragonésista y de izquierdas, y respondía: «Si hay problemas para que salga el artículo sobre regionalismo, me avisas con tiempo y preparo otra cosa. Material hay: elecciones aquí en Alemania, en Holanda, inflaciones, problemas de MCE y sobre todo cosas de emigrantes, para los que acaban de sacar una ley bastante dura. Si contestas me podías orientar también sobre cuál de todas estas posibilidades encaja mejor. En todo caso, me apetecería ver mi nombre en alguna esquina de Andalán, y más estando por estas tierras con morriñas y añoranzas». Y terminaba insistiendo: «Si no es robarte mucho el tiempo, tenme al tanto de las cosas y pide lo quieras de esta Europa. Suerte en todo y un abrazo».

Desde Alemania y luego el País Vasco y ya con nosotros, escribió docenas de excelentes artículos, sobre todo de política internacional. Así, fueron importantes sus artículos desde Bonn, sobre las elecciones alemanas, «Una esperanza recuperada», y «De la moda del socialismo en Europa»; «Grecia también»; sobre Gramsci; «Y Vietnam venció»; «Chile, el fascismo instaurado»; sobre la muerte de Mao; elecciones francesas, etc.

Otros muchos temas históricos y culturales españoles («Pío Baroja y la Historia», «Las prisas constituyentes, prisas por gobernar», «El socialismo triunfante»). Escribía «con mucha frecuencia» excelentes análisis de nacional, tales

como «El Congreso de Felipe», «La derecha conservadora», etc. Cuando el golpe del 23 F de 1981 Forcadell criticó la exposición sobre la guerra que se estaba inaugurando cuando se produjo el golpe, por falsa «imparcialidad» histórica. Y luego escribió «La estrategia del golpe de estado permanente», «La debilidad política de la izquierda».

Y, claro, sobre el Aragón contemporáneo («Sobre *Imán* y la novela histórica de Ramón J. Sender»; «La República, portavoz de las izquierdas aragonesas»; sobre el colectivismo en la guerra; la Restauración; el republicanismo; el movimiento obrero; el anarquismo; la II República y la guerra civil; «Más sobre el patriotismo y algo nuevo sobre Ramón y Cajal»; «Propuestas regionalistas»; sobre Aragón y Cataluña; una serie sobre las Brigadas Internacionales en Aragón; «El alcalde Burriel y el temprano sueño de una Zaragoza industrial»; en un Dossier sobre los 50 años del Congreso por la Autonomía en Caspe; o en los 75 del semanario Aragón (1912).

Hizo excelentes reseñas de libros: sobre la difícil historia social de España (Tuñón y otras cosas); sobre el *Durruti* de Enzensberger; sobre bibliografía anarquista; sobre Noël Salomon; la *Historia de Galicia* de Moncho Villares; los trabajos en Cretas de los Simoni. Firmaría, además de con su primer apellido, como C. F. Álvarez, Checa, o Andalano, pseudónimo colectivo frecuente.

Cuando la policía secuestró, por orden judicial, todos los ejemplares del número a punto de salir, con fecha 1-15 julio de 1974 (n.º 44-45), uno de los autores de los cinco artículos era Forcadell, que había enviado desde Alemania, con firma «A. Checa», el titulado «Andalán, emoción, tristeza y rabia», una espléndida «Carta abierta a Andalán, a Aragón, a Sender y a los espíritus», ironizando sobre los falsos pasos de apertura, y describiendo a los emigrantes que iba conociendo: «hay bastantes aragoneses, de mediana edad malgastada, viejos robles, todos descuajados de la raíz fuerte de la tierra. Porque alguien los arrancó. He visto brillar sus ojos cuando les doy a leer algunos artículos de Andalán. Yo, que he sido muchas veces público de José Antonio Labordeta, no me he emocionado nunca tanto con el efecto de sus canciones como cuando, traspasadas a una pobre cassette, las oyen y las comentamos». Y comentaba el traspies de Sender, a quien había leído lo mejor, y nuestro número sobre su venida.

El informe policial de 3 de julio de 1974 le calificaba (como a José-Carlos Mainer, que se atribuyó la firma «Poleñino», y a mí mismo): «pueden ser conceptuados como intelectuales de ideología contraria al Régimen». En cambio a Mariano Hormigón, que firmaba como «Pablo Quejido», le señalaba como «conocido militante del partido comunista». Nos reunimos de urgencia en La Renclosa, en el Pirineo, muy preocupados con el sesgo de los acontecimientos. Allí estuvo Carlos, junto a Emilio Gastón, Jesús Delgado, José-Carlos Mainer, Lola

Albiac, Carlos Royo, Concha García Castán, Mariví Nicolás, Guillermo Fatás, los hijos de Emilio y Mariví y yo mismo.

Hicimos algún trabajo en comandita, como la crónica de un viaje: «El Bajo Ebro. Por las tierras del conde de Sástago»; y cuando se produjo la destitución de Ánchel Conte como profesor en Aínsa, tras siete años de espléndida labor, escribió Forcadell: «la noticia se enmarca dentro de la expulsión (rescisión de contrato es un término frío, burocrático, y por tanto falso) de todo el profesorado no numerario de los Institutos de Jaca, Sabiñánigo y Fraga... La enseñanza, en España, sigue siendo un oficio peligroso».

Colaboró preparando una de las principales galeradas literarias, que reunía a escritores de los años treinta del siglo xx: Tomás Seral y Casas, Ángel Samblancat, Felipe Aláiz, estos y otros agrupados en breve antología como «Altoaragoneses rebeldes y exiliados».

Carlos hacía estupendas entrevistas. Además de la que le hizo a Tuñón cuando vino a Zaragoza, destaco las que hizo al sociólogo francés Henri Lefebvre, junto a José Luis Fandos; o la de Fernando Savater junto con Julia López-Madrado y J.L. Rodríguez. Y él se dejó entrevistar por Marcuello sobre su tesis doctoral.

Una colaboración cuyo encargo agradecemos mucho fue la realización de una entrevista con el historiador francés Marc Ferro, que acababa de publicar *Cine e historia* y también una excelente síntesis sobre *La Gran Guerra*, de 1970. La hicimos, invitados a cenar con él por el lector Michel Bernier, Carlos Forcadell y yo, tras su conferencia brillante y entretenidísima (con proyección de cuatro filmes cortos suyos impresionantes sobre Cuba, el nazismo, la revolución china y la evolución del marxismo) en el ICE de Zaragoza, organizada por el Departamento de Francés de la Universidad. Fue una velada tan larga como apasionante. Nos confesó que le animaron a escribir un libro sobre la Gran Guerra sus profesores Pierre Renouvin y Fernand Braudel, a quien confesó quería como a un padre, y de su utilización del cine, todo tipo de documentales de la época: «es un rico material, está ahí, aún no sé por qué se ignora con tanta frecuencia por los historiadores e intelectuales en general». Y hablamos de *La Revolución de 1917*, su tesis. (Años después del cierre de Triunfo, cuando Eduardo Haro Tecglen y José Ángel Ezcurra vinieron a Zaragoza a hacer entrega a la Universidad de las colecciones de Triunfo y Tiempo de Historia, se nos invitó a cenar con ellos, lo que hicimos encantados. Éramos, académicamente hablando, una irrefutable «pareja de hecho»).

Carlos fue siempre paciente, dialéctico, concienzudo negociador. Es muy «somarda» en una tierra pródiga en ese espécimen, callado, reflexivo, sentenciador, juguetón con las ideas y las personas, sin llegar nunca la sangre al río. En

la crisis que sobrevino en 1977, Forcadell votó y defendió la opción minoritaria de cerrar la revista, aunque decidió quedarse en el equipo, por considerarlo más útil. En el paso a semanal, en la lista de accionistas, estaban *ex aequo* entre los que más poseían Carreras Ares y Carlos Forcadell, 68 cada uno; formó parte del primer consejo de administración, que presidí, con Jesús Delgado, José Antonio Biescas y José Antonio Laborjeta, Emilio Gastón y Luis Granell.

Cuando se iban a cumplir 25 años de su nacimiento, en 1997, Carlos fue elegido como la persona más adecuada para dirigir un libro que lo analizase: *Andalán, 1972-1987: los espejos de la memoria*. El libro era excelente por muchas razones. Con ese motivo, el 13 de septiembre de 1997, rememorando la presentación de su número 1 en L'Aínsa veinticinco años antes, las gentes de *Andalán* nos reunimos en la hermosa villa del Sobrarbe, y presentamos ese libro y una exposición sobre la historia de esa aventura intelectual, cultural y política de la revista.

La facultad de Empresariales

De regreso a España, tras breve estancia en el Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad del País Vasco, se reincorporó a la de Zaragoza como profesor titular interino de Historia Económica en la Facultad de Empresariales (1975-1980), en la que su maestro, y mío, Juan José Carreras, ejercía como agregado que era en Letras, y yo era ya titular interino.

En el programa que para comenzar elaboramos con consejos de Carreras, Carlos y yo disponíamos de una bibliografía histórica muy pobre y solo a veces tangencialmente relacionada con la Economía. Por lo demás, aparte de impartir clases a los tres grupos en que al principio se había dividido el alumnado (nos alternábamos clases para ofrecer monografías más detenidamente preparadas y para conocer y ser escuchados por todos los grupos), ofrecimos actividades voluntarias, monografías, algunas de particular éxito. Durante el curso 1976-1977 Carlos viajó al Institut für Sozial Geschiedenis de Amsterdam para obtener varias colecciones de prensa anarquista de la Guerra Civil en Aragón (que luego han servido a otros investigadores). Por entonces daba fin a su brillante tesis *Parlamentarismo y bolchevización. El movimiento obrero español ante la Primera Guerra Mundial 1914-1918*, que tendría pronta edición en Crítica.

Publicamos conjuntamente una *Bibliografía de historia económica universal y de España* (1977), un librito de *Estudios de Historia Contemporánea de Aragón* (1978), que recogía artículos publicados por ambos en *Andalán*, y editamos en la propia Facultad, en 1978. La dedicatoria rezaba: «A Emilio Gastón y Lorenzo Martín-Retortillo, compañeros de tantas cosas, parlamentarios aragoneses, con la espe-

ranza, la seguridad, de que un futuro Aragón autónomo no podrá prescindir de personas de tan clara actuación y entrega».

De 1977 es el libro *Los Aragoneses* (Istmo) en el que encargué a Carlos Forcadell se ocupara del movimiento obrero. Y de 1978 la *Historia de Aragón* de Guara que edité con Guillermo Fatás y pedimos entre otras colaboraciones la de Carlos Forcadell. Y publicamos él y yo una *Historia de la prensa aragonesa* (1979), quizá nuestro libro más utilizado y citado. En él señalábamos que se trataba de:

una historia política de la prensa... porque, sobre todo durante el siglo XIX, la prensa escrita, incluso la pretendidamente informativa, es el gran instrumento de conformación y dirección de la opinión pública. Grupos y partidos políticos alcanzan a la opinión a través de los periódicos y el dotarse de los mismos es la primera condición para proyectarse políticamente en la sociedad, pero añadíamos que el periódico no es solamente un instrumento para conocer la realidad histórica. Es también un objeto de estudio en sí mismo.

También de 1979 es un librito que, encabezado por Santiago Castillo, escribimos varios compañeros sobre la *Historia del Socialismo en Aragón*: era el centenario del PSOE. Ese mismo año acudimos (con F. Benimeli y L. Germán), al primero de tantos entusiastas encuentros patrocinados desde el ICE por Agustín Ubieto, que revisaba los Estudios sobre Aragón, con una comunicación muy pionera y por ello débil sobre la Historia contemporánea aragonesa, lo que revisamos, ya solos los dos, al año siguiente, en «El estado de la cuestión en historiografía regional y local» ponencia en Pau que aparecería en el libro de M. Tuñón de Lara y otros, *Historiografía Española Contemporánea*, publicado por Siglo XXI.

Asimismo coincidimos en varios encargos pedagógicos: un curso sobre Historia de Aragón en la Escuela de Verano de Aragón en 1980; y varias publicaciones de aquel ICE que dirigió Agustín Ubieto: *Aragón en España. Programación para un estudio de la región en relación con España*; *La enseñanza de la Historia en BUP y COU: visión del profesorado*; *Aspectos didácticos en las enseñanzas medias*. Debo decir que siempre, en tantas ocasiones como hemos hecho juntos libros y artículos, ha cumplido los plazos establecidos, la división de temas, los métodos acordados. Ha sido algo prodigioso: el día y a la hora fijados, llegaba con sus papeles y los unía a los míos.

Carlos obtuvo plaza por oposición de profesor titular de Historia Contemporánea en la Universidad del País Vasco (1981), desde la que tras apenas un año (que le hizo conocer y amistar con varios estupendos profesores, especialmente Javier Corcuera) se trasladó a la Facultad de Letras de Zaragoza en 1982. Al despedirle, y también a Jaume Torras como agregado en Historia económica, publicamos un libro Torras, Forcadell y yo: *Tres estudios de Historia Económica de*

Aragón. Y aunque ya estaba con un pie en Letras, su camino definitivo, siguió colaborando con nosotros, y nosotros con él, reuniendo seminarios conjuntos, y, por ejemplo, reseñando la exposición «Averly, 128 años de historia», que preparamos en Empresariales, con un grupo de alumnos en el curso 1982-83 y con su ayuda y las de Biescas, Germán y Pinilla, con los que pensamos un manifiesto en defensa de la conservación de las viejas naves, las viejas máquinas, los orígenes del desarrollo industrial.

Manuel Tuñón de Lara

Carlos Forcadell, siempre bien relacionado e informado, había acudido a Pau en 1972 (con una ponencia sobre «El marxismo y la cuestión colonial») y me había informado de la celebración del IV Coloquio, al que invitaba Tuñón, que iba a tener lugar los días 6 y 7 de abril de 1973. Fuimos varias veces juntos y en otras ocasiones, o cuando me escribía o llamaba, Tuñón me daba siempre recuerdos para él, o pedía un número nuestro que traía una crónica anónima del último Coloquio (que suponía mía pero era de Forcadell). En una de sus cartas se refería «al Benjamín de todos (y en el que tengo puestas las mayores esperanzas sin merma de todos los demás), tan buen compañero además, tan insustituible y ya sabes que estoy hablando de Carlos Forcadell». Quiso publicar su tesis («dile a Forcadell que a ver si me trae un esquema para su libro: Nacho Quintana me ha preguntado ya dos veces»).

Poco después, forzando las cosas sin duda, en febrero de 1975, no obtuvo autorización del Gobernador Civil un ciclo sobre «Historia del movimiento obrero español», en el que Tuñón era la figura central. Organizado por el Colegio Mayor Pignatelli, convocaba a la plana mayor de los especialistas en el tema: Tuñón de Lara, Balcells, Elorza, Arbeloa, Álvarez Junco, C. Martí, Fernández de Pinedo y Carlos Forcadell. Protestamos, escribimos. Inútil: el régimen agonizante estaba muy nervioso como para permitir estas cosas.

En cambio, ese otoño, una de las primeras conferencias de Tuñón en su país recuperado es la que dio en nuestra Facultad de Empresariales, el 5 de diciembre de 1975. Habló de la periodización en la Historia, un texto que incluimos en el primer número de los recién creados Cuadernos Aragoneses de Economía. El acto, refería Carlos Forcadell (quien le entrevistaba en el n.º 79-80 de *Andalán*) fue presenciado por mucho más de mil personas: era su primera visita desde que pasó por Zaragoza con sus padres a los siete años. En esa ocasión visitaron los Tuñón nuestra redacción en la calle San Jorge, y luego cenaron en mi casa con un pequeño grupo de colegas amigos, naturalmente Forcadell y Carreras entre ellos.

En 1976 se quejaba de su ausencia en un coloquio y escribía a mano: «no he respondido una carta a Forcadell. Estará cabreado y con razón. Dile que un extracto del tema de su tesis es claro que lo sacamos en Siglo XXI. En cuanto a la tesis misma, «son otros López», pero se puede intentar». Carlos fue e hizo el 1 de abril de 1977 una crónica sobre ese encuentro. Al año siguiente nos propuso Tuñón como ponencia un estudio sobre los problemas de la educación en las Constituciones españolas, y la hicimos al alimón (y luego la publicamos en Historia 16). Y aseguraba sobre el prólogo que le pedimos para un librito nuestro: «Con mil amores lo haré, no como deber penoso sino como recreo y como mínimo rescate de nuestra enorme deuda de amistad con vosotros. ¡No faltaba más!». Y lo hizo, magnífico.

En 1979, ya en la clara transición democrática, estaba, como nos había anunciado Manolo, un nuevo cónsul viejo amigo suyo: Vicente Girbau, un viejo luchador del 56, que había sido encarcelado y expedientado. Manolo estaba encantado, ya no era un extraño y un enemigo para los diplomáticos de su país, todo lo contrario. Girbau nos dio una gran recepción en el consulado y, como se hiciera tarde y temiéramos encontrar cerrada la frontera, se ocupó personalmente, hablando con los guardias de frontera en Somport, de que nos dejaran pasar, pues cerraban a las diez de la noche. Nos estaban esperando (íbamos Carlos Forcadell y yo, Santiago Castillo y alguno más) y ni siquiera nos pidieron documentación ni registraron nada.

Para mediados de marzo de 1981 me había pedido el alcalde Ramón Sáinz de Varanda que le organizara un ciclo de conferencias sobre la Guerra Civil, para darlas en el salón de sesiones del Ayuntamiento zaragozano y con entrada libre, coincidiendo con una exposición sobre el tema (la interrumpida por el golpe de Tejero). Elegí a los cuatro: Mariano Constante, el héroe en los campos nazis, el general Ramón Salas Larrazábal, Luis Horno Liria y Manuel Tuñón de Lara. Carlos Forcadell ayudaría en las presentaciones.

En los últimos días de agosto de ese año rendimos a Tuñón un importante homenaje por su tan brillante trayectoria de historiador, en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo en Santander. Firmamos la convocatoria, invitando a acudir al Palacio de la Magdalena o sumarse de otra forma, Sisinio Pérez Garzón, María Carmen García-Nieto, Santiago Castillo, Carlos Forcadell y yo, si bien el peso de la organización recayó luego en los otros cuatro. Hubo en Andalán dos crónicas de los actos. Y Carlos Forcadell exponía las razones, con motivo del cambio de rumbo de los Coloquios y a un año vista de la jubilación académica de Tuñón.

Años después, entre mediados de octubre y mediados de diciembre de 1978, se celebró un I Curso de Estudios Aragoneses en el Pignatelli, organizado por el

Centro de Estudios Sociales de Aragón que dirigía Luis Germán y que ofrecía ponencias, coloquios, simposio, y conclusiones: «Propuestas concretas para un Estatuto de autonomía de Aragón» en el que, junto a muchos colegas y amigos, desfilamos Carlos y yo. Hubo una cierta continuidad en el tema en la reunión celebrada en junio de 1985 también en el Pignatelli y organizada igualmente por el CESA, sobre «La Autonomía aragonesa. Historia de un proceso», en que participó Carlos en una mesa redonda coordinada por J. R. Marcuello con Germán y Mainer, sobre «El aragonesismo como debate histórico».

A partir de 1978, cuando comenzamos a preparar la *Gran Enciclopedia Aragonesa*, pedí a Carlos Forcadell que dirigiera la sección de Historia Contemporánea, lo que aceptó, como siempre, y llevó a cabo con especial cuidado. Fue el de los directores de sección un cuadro de honor que garantizaba y demostró la valía de sus componentes, entre los que figuraba buena parte de los compañeros de otras batallas anteriores: los Borrás, Mainer, Jesús Delgado, Fatás y otros hasta dieciséis. La empresa, en los años siguientes, se completó en sus doce tomos y salieron hasta cinco apéndices, tres de los cuales dirigí de nuevo y conté con su inestimable ayuda. Además, Carlos, que presenta e incorpora siempre a sus nuevos amigos, me sugirió como secretaria a Carmina Vidaller, antigua alumna suya y pronto amiga de todos, pues era persona muy expansiva, informadísima de todo y eficiente.

Con algunos saltos por los cambios de trabajo y residencia, de nuevo en la primavera de 1989 nos reunió Tuñón en Cuenca, en su VI Coloquio de Historia contemporánea de España organizado ahora por la UIMP, y acudimos desde Zaragoza Juan J. Carreras, Carlos Forcadell y yo, que lo cerramos con una mesa de debate con el hispanista francés Carlos Serrano, que venía de Francia, como Desvois y Aubert. Presenté con Carlos un ensayo «Crecimiento económico, diversificación social y expansión urbana en Zaragoza, 1900-1930», que se incluyó en el libro coordinado por J. L. García Delgado para Siglo XXI. Y en el X Coloquio de Historia contemporánea reunido en mayo de 1993, de nuevo acudimos él y yo, y hablamos de «Historiografía de las regiones y autonomías».

Un año largo después de la muerte de Tuñón, en la sala de grados de mi Facultad recordamos al que todos consideramos no solo de uno u otro modo nuestro maestro sino también, y sobre todo, un querido amigo; coordinamos con Carlos a un grupo de personas vinculadas a Manolo en Zaragoza (Manuel Ramírez, José Antonio Biescas, Jesús M. Alemany, Luis Germán, Jorge Sanz y nosotros dos), junto con cuatro invitados de excepción (Paul Aubert y Jean-Michel Desvois, Manuel Pérez Ledesma y Javier Corcuera), discípulos predilectos suyos. Intervenciones que luego publicamos, en el libro *Manuel Tuñón de Lara, desde Aragón*, en la Institución Fernando el Católico.

En Letras

Discípulo, compañero y amigo de Carreras, junto a él iba a realizar su ya larga y prestigiosa carrera académica, colaborando estrechamente con Juan José, cuyo magisterio se honra en reconocer. Carlos ha publicado mucho, y es un brillante analista, prologuista e introductor y «editor» de libros colectivos. Hemos coincidido de nuevo en otras muchas publicaciones: una *Historia de la Universidad de Zaragoza* (1983), *Aragón contemporáneo. Estudios* (1986), la historia del *Banco Zaragozano en su 75 aniversario* (1986), una incompleta *Historia de Aragón* en la que hicimos el tomo del siglo XIX (1987); y mucho después el libro *Pioneros de la industrialización: hacia la historia profesional de los Peritos e Ingenieros Técnicos Industriales en Aragón*, junto con L. Germán y J. A. Biescas (1996) y él dirigió para el Heraldo una coleccionable *Historia de Aragón* (1993) en que me invitó a colaborar. Y en 1994, organizamos, también con Carlos, un curso, iniciativa de la Asociación de la Prensa, sobre los cien años del Heraldo de Aragón, que se celebró en su sede pensando que las conferencias formarían un libro; pero Heraldo manifestó que no lo deseaba publicar.

También acudimos a la llamada en 1985 del gran historiador y querido colega Julio Valdeón, que dirigía la Editorial Ámbito, para que le hiciéramos una introducción a la reedición por provincias del mítico Diccionario de Pascual Madoz. Habían negociado con el Gobierno de Aragón la edición de los tres tomos y me encargaba Teruel, Zaragoza a Carlos Forcadell, y Huesca a Alberto Gil Novales.

Seguimos coincidiendo en ciclos o conferencias. Por ejemplo, en 1987, participamos en el homenaje a Antonio Gramsci en una comida-tertulia con Paco Fernández Buey, se proyectó la película «Antonio Gramsci, los años de la cárcel», y en el Paraninfo, junto a Paco, intervinieron en espléndida mesa redonda C. Forcadell, J. I. Lacasta y J. L. Rodríguez, moderados por Javier Delgado, un día inolvidable.

Participamos en Teruel, en 1987, en un ciclo de la CAI y el Colegio Universitario, y en 1993 presentamos allí el libro *Cultura burguesa y letras provincianas*, acta del Congreso sobre periodismo aragonés, con Carlos, José Altabella, Jean-François Botrel, José-Carlos Mainer, Cecilio Alonso y Fermín Gil Encabo.

En noviembre de 1989, cincuenta aniversario de la muerte de Antonio Machado, el Secretariado de Actividades Culturales de la Universidad organizó un recital de poesía suya y dos hermosos y emocionantes actos, en los que participaron en Derecho Forcadell, Izuzquiza y Mainer; en Ciencias, Á. Domingo, E. Gastón, Luisa Gavasa, Eduardo González, J. A. Labordeta, María J. Moreno, J. A. Rey y J. L. Rodríguez; y en Letras presenté un vídeo de la serie «España en guerra» (de M. Tuñón de Lara).

En 1990 acudimos invitados por sus organizadores a las V Jornadas sobre Cinco Villas, ese año reunidas en Tauste y dedicadas a la historia contemporánea. Me alegró especialmente su reseña en *El Periódico de Aragón*, en 1992, a mi libro sobre *Rey d'Harcourt y la rendición de Teruel*, destacando cómo deshacía la leyenda negra con tanta urgencia como eficacia. En la primavera de 1995, con motivo de la soberbia exposición «Luces de la ciudad» hubo en el Paraninfo una serie de conferencias y unas mesas redondas: en la nuestra, además, J. C. Mainer y Enrique Serrano.

Y luego, cuando le pedí que se leyera y criticara el primer tomo de mi tetralogía *Gente de Orden. Aragón en la dictadura de Primo de Rivera*, lo hizo como siempre, puntual, amable, escueto, efficacísimo. Y junto con Carreras aceptó igualmente presentarlo, el 6 de febrero de 1997 en IberCaja ante un público de muchos amigos fieles.

Muy divertidos ambos, como buenos mitómanos, asistimos en mi facultad a un jugoso coloquio con la actriz Charo López en 1999. Entre el público, muchos que habían crecido con la actriz: Enrique Gastón, Alberto Sánchez, José Antonio Labordeta, Juan Alberto Belloch, y Carlos y yo; con nuestras mujeres, que son muy buenas amigas. Y tras cuatro años organizando unos encuentros de Estudios sobre el Justicia de Aragón que patrocinaba esa institución, en 1994 pasé la antorcha a Forcadell.

Y por supuesto, tras la muerte del querido Juan José, repentina, difícil de creer por su vitalidad hasta ese instante, se le dedicó un estupendo homenaje, y Carlos, que dirigía la sesión, me invitó de nuevo a colaborar, lo que hice emocionadamente, y fue recogido todo luego en un libro magnífico: *Razones de historiador. Magisterio y presencia de Juan José Carreras* (2009). Antes, cuando Carlos ordenó una summa de sus principales estudios, *Razón de Historia. Estudios de Historiografía*, tuve la satisfacción de apoyarlo desde el Consejo de la editorial Marcial Pons/Historia.

El Partido Socialista de Aragón

Como resultaría lógico y predecible con esas trayectorias, nos encontramos entre los dieciséis firmantes de la creación del Partido Socialista de Aragón (PSA), el 5 de febrero de 1976. Entendimos entonces, nunca más después, que era una obligación moral de los intelectuales, de quienes habíamos trabajado en distintos foros y experiencias por la democracia, las libertades, la solidaridad, dar ese paso. El PSA fue un partido claramente de izquierdas, aragonesista, en el que Carlos fue, con otros compañeros como Luis Germán, Santiago Marraco, Guillermo Fatás y otros, uno de los principales «ideólogos», si puede calificarse así una labor intensa, largas discusiones, correosas negociaciones. Estuvo en todo.

Con entusiasmo, cuando la Federación de Partidos Socialistas convocó para los días 19 y 20 de junio de 1976 sus Jornadas Constituyentes. Aún no plenamente autorizados, nos reunimos en un amplio polideportivo de las afueras de Madrid. Y luego, ocupando con frecuencia la tribuna de *Andalán*: el 1 de julio hizo una excelente crónica («Un nuevo socialismo») en la que resumía los temas fundamentales tratados (aprobación de los estatutos de la Federación, unidad de los socialistas, y alternativa democrática) y concluía que tras estas jornadas el panorama del socialismo era plural, que no confuso.

Luego escribió un artículo contundente, «¿Qué pasa con los socialistas?», observando que el Congreso del PSOE había sido el único de una formación socialista que no había dedicado una ponencia ni un comentario a la unidad de los socialistas. Y estuvo en la plaza de toros, en un mitin multitudinario y emocionante (esto último no suele gustarle) y cuando se logró un escaño como diputado para nuestro secretario general, Emilio Gastón, analizó ese momento tan delicado: «El fracaso electoral de los socialistas regionales». Y como uno de los tres miembros de la Secretaría General (junto a Luis Marquina y Guillermo Fatás) fue uno de los autores de un lúcido y duro informe, realista y algo demolidor. No era, como yo, muy partidario del abrazo con el PSOE, displicente y arrogante, sino con el PCE.

De hecho, cuando tras muchos «pasos» individuales o finalmente en grupo, quienes optaron por el PSOE se acabaron yendo, aceptamos la propuesta de Vicente Cazarra de una relación fuerte con los comunistas (lo que también bendecía Carreras, desde luego), pero como escribiría Forcadell, reinaban «desencanto, mala conciencia, frustración...». Pero, a pesar de las insuficiencias e históricos residuos del PCE, como grupo de independientes (Labordeta, Fatás, Borrás, Forcadell, yo, entre otros) aceptamos trabajar y presentarnos juntos en las municipales del 79, sin apenas contrapartida. Pero el comportamiento secretario del PCE llevó a la dimisión como primer teniente de alcalde de Gonzalo Borrás. Una foto del homenaje de despedida es muy elocuente: con él y Marisol estamos Jesús Delgado, Concha G. Castán, Juana de Grandes, Marisa Santiago, G. Fatás, C. Forcadell, M^a José y Lorenzo Martín-Retortillo, Labordeta, J. J. Carreras y M. Carmen López, A. Vicién y yo. La nueva dirección del PCE hizo inútiles intentos de recuperarnos.

El historiador

Al presentar en la Diputación de Zaragoza en 1985 su libro con A. Embid sobre el malogrado anteproyecto de Estatuto de Autonomía de 1932, hablé de «el fino olfato descubridor de Carlos Forcadell y su escribir preciso y claro». No es

Carlos un hombre muy amante de la comparecencia pública (salvo en conferencias y vida académica), pues rehúye actos y protocolos no imprescindibles y ha sido objeto de relativamente pocos estudios y entrevistas. Una de las mejores es la que le realizó la meritoria librería on-line Cazarabet, por haber codirigido el tomo tercero de la *Historia de las culturas políticas en España y América Latina*. En ella explica:

El concepto de «cultura política» es un instrumento, una herramienta, que utilizan los historiadores para mejor conocer el pasado, y nació como respuesta a la conciencia de la insatisfacción que causaba la historia política más tradicional y convencional que se centraba en ideologías, programas y partidos políticos, discursos y acción política de los dirigentes, etc. Las diferentes «culturas políticas», que nacen, se desarrollan, se transforman a la par que el paso del tiempo histórico, nos aproximan a una realidad mucho más amplia que la del «partido político» o a las diversas opciones políticas que encuentran y practican los ciudadanos en el escenario social; una «cultura política» está compuesta por un conjunto de creencias, valores, memorias parciales de grupos sociales, concepciones específicas del pasado, representaciones de la realidad social, presente y pasada, portadoras de normas y valores, de prácticas, lenguajes y discursos propios, ideas, símbolos y emociones compartidas, algo, en definitiva, que permite comprender la identidad política de los principales agentes colectivos a lo largo de la historia, y que, en definitiva, es previo a la acción política y nos permite comprenderla mejor, así como a sus actores a lo largo del tiempo.

Por eso añade:

Me interesa particularmente la problemática de los usos públicos y políticos de la historia, el cómo cada cultura política, grupo social, poder, estado, tiende a elaborar y transmitir una visión del pasado ajustada a sus valores o intereses, un proceso cultural complejo que conviene convertir en objeto de estudio, en objeto histórico, para describir y comprender el pasado, la historia, en toda su complejidad. Como decía Hobsbawm, si yo no creyera en la posibilidad de reconstruir el pasado me dedicaría a otra cosa. En este sentido mi último trabajo ha sido la edición, junto con Ignacio Peiró y Mercedes Yusta de un libro sobre *El pasado en construcción. Revisionismo históricos en la historiografía contemporánea*, publicado en 2015.

Ese volumen es el sexto de la obra más ambiciosa acometida por Forcadell: la dirección de la Historia Global, en la que ha reunido como editores al frente de muchos de los grandes historiadores contemporaneístas españoles y extranjeros, a M. Pérez Ledesma y M. Sierra, Pedro Ruiz Torres, Isabel Burdiel, M. Bolufer, J. Gomiz, T. M. Hernández, R. Foster, D. Bussy, Haupt, H.-G. y D. Langewiesche.

En esa línea ha publicado en los últimos quince años, casi siempre en colaboración, libros y artículos de títulos bien expresivos: *Usos públicos de la Historia* (2003); «Las primeras políticas y organizaciones socialistas» (2004); «La historia social, de la clase a la identidad» (2005); «Tuñón de Lara, los historiadores contemporáneos y la transición democrática» (2008); «El primer sindicalismo de masas en España: la movilización social y política en 1916-1920» (2008); «Ya no tan distante: recepción y presencia de la historiografía alemana en la España Contemporánea» (2009), o editó (con I. Saz y P. Salomón) *Discursos de España en el siglo XX* (2009).

Presidente de la Asociación de Historia Contemporánea (2006-2014) y Director de la revista *Ayer* (2006-2010), en ella publicó importantes textos. Durante su mandato, escribí alguna cosa, porque Carlos siempre dice escuetamente: «manda todo lo que quieras». En el entorno de Juan José Carreras, y luego el suyo también y como heredero, se ha formado un grupo muy brillante de contemporaneístas con Julián Casanova, Carmelo Romero, Pedro Rújula, Alberto Sabio, Ignacio Peiró, Ángela Cenarro, Mercedes Yusta, Carmen Frías y un largo etcétera.

La «Historia local»

Con los citados y otros muchos, siempre bajo su impulso y dirección, ha reunido Carlos durante veinte años, desde 1997, una serie de encuentros a los que denominó en principio «de historia local». Entendí que esa denominación era una evasiva a designar los estudios principales como historia regional, y aunque acudí al primero, no los he frecuentado: pero los libros surgidos de sus ponencias y debates, que Forcadell introduce con frecuencia, son un legado magnífico. Creo que su obsesión por evitar lo que de «cutre» (es su expresión) han tenido el costumbrismo, el baturrismo, el nacionalismo o regionalismo políticos en Aragón, le han llevado a rehuir un planteamiento nítido, riguroso y académico, pero nada vergonzante, como no lo son en otras comunidades españolas. Tanto él como muchos de los grandes académicos aragoneses de su tan brillante generación (G. Fatás, J.-C. Mainer, Jesús Delgado y otros), aun manteniendo conmigo siempre el respeto profesional y el gran afecto mutuo, no han ocultado su crítica y menosprecio a formulaciones más resbaladizas. La única discusión fuerte, muy seria, aunque nunca hemos llegado a «reñir», fue con motivo de mi postura tajante sobre la enseñanza de la Historia de Aragón en la Facultad de Letras, que él y un grupo importante de profesores de ese centro remitían a una mera optativa.

Pero de hecho, ya en 1984, aludiendo a un pequeño volumen anterior («saludablemente envejecido, que los autores publicaron en 1978 con el título de *Estudios de Historia Contemporánea de Aragón*»), señalábamos Carlos y yo en la introducción a nuestro libro *Aragón contemporáneo*:

Hoy ya no es necesario justificar la orientación regional o local de la investigación histórica. Hace seis años sí. No ha sido este pequeño cambio. Pero sí que es conveniente hacer algunas reflexiones: no hay por qué ocultar que la historiografía regional es un elemento legitimador de la propia regionalización del Estado y de la voluntad política que la ha auspiciado y la defiende; pero hay también una razón previa y de carácter estrictamente científico e historiográfico, ya que han sido las grandes monografías regionales las que más han renovado y potenciado un conocimiento como el histórico, que para ser global y total necesita restringir y delimitar su objeto de análisis... Hoy es creciente el consumo de la historia de cada comunidad y su utilización docente en los diversos niveles. Pero hay que advertir que el conocimiento no se improvisa, y que difícilmente se puede divulgar algo que no se conoce.

Porque entendíamos que faltaba mucho por hacer en muchas épocas y temas. Luego, a comienzos de los 1990, al establecer Carlos un balance historiográfico sobre la historia regional española, salvo los casos de Cataluña y Euskadi, tras destacar «el abandono en que durante décadas estuvo la Historia regional española de los siglos XIX y XX», y sus causas, señala que «ahora ocurre precisamente lo contrario, que la cantidad y, afortunadamente, la calidad de lo publicado desborda cualquier intento de panorama exhaustivo» por lo que sólo aspira «a que las ausencias no sean muchas ni muy clamorosas, y que el repaso por lo publicado tenga más un aire de síntoma, y un tomarle el pulso a las tendencias que la práctica de los historiadores más frecuentan».

Y ya analizando la situación aragonesa, le asalta casi una década después, a fines del siglo XX,

la sospecha de si no oscurecimos, más consciente o inconscientemente, un cuadro que, interesados en protagonizarlo nosotros mismos, imaginábamos blanco, virgen y sin comenzar». Sin embargo, celebra «el notable crecimiento y desarrollo que la Historia Contemporánea ha experimentado en Aragón durante los últimos veinte años, tanto desde un punto de vista temático como desde la aplicación de nuevas perspectivas y de metodologías renovadas, como análisis histórico regional y local aplicado al territorio aragonés, con clara dimensión comparativa, y como investigación sobre los problemas históricos generales más característicos de la historiografía española y europea actual.

Señala luego cómo «las pautas de crecimiento y desarrollo de la historiografía en Aragón han venido orientadas por factores, comunes a la historiografía española como ya se ha señalado, de una visible ampliación temática, de renovación teórica y metodológica, y sobre todo y muy especialmente a través de la historia local o de la multiplicación y reducción de la escala espacial, un camino por el que más ha crecido cuantitativamente la historiografía en Aragón». E insiste en que «su persistencia, y su constante expansión... no puede ser despachada sin más como un producto de la «balcanización» política, institucional y universitaria, o de esa especie de federalismo competitivo por el que circulan los diversos vagones del tren autonómico... En cualquier caso la militancia regionalista o nacionalista suele ser un peligroso compañero de viaje para el conocimiento histórico».

Pero precisamente algunos de sus escritos más penetrantes pertenecen a esta temática: «Políticas de la memoria en la Zaragoza de 1908: el Centenario de los Sitios y la Exposición Hispano Francesa» (2012); «La nación liberal y el pasado del reino de Aragón»; «Aragón, el Reino en provincias», en el libro que editó con M.Cruz Romeo: *Provincia y nación: los territorios del liberalismo* (2006); «Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo» (2008).

Y me referiré especialmente a «De la escritura a la política. Los usos públicos del pensamiento de Costa», un tema al que ha dedicado en diversos lugares trabajos como el de *Andalán* sobre «Joaquín Costa y su clase social» o su excelente introducción a la reedición de *Reconstitución y europeización de España. Programa para un partido nacional*, con motivo del centenario de la muerte de Costa. Sobre ese tema nos encontramos de nuevo en el soberbio catálogo de la exposición *Joaquín Costa, el fabricante de ideas* (coordinada por Ignacio Peiró y Rafael Bardají) y en otro con textos también de Gabriel Jackson (su conferencia inaugural) y una serie de «Miradas contemporáneas». O en el Congreso Nacional sobre Joaquín Costa y la modernización de España, celebrado en Madrid en la Residencia de Estudiantes, en el que se ocupó de los ecos de sus ideas junto con Pedro Ruiz Torres, Ignacio Duque, Julián Sauquillo, Andrés de Blas y Alejandro Quiroga. O en el ciclo celebrado por el Centro Aragonés de Barcelona en el que participamos, junto con Josep Fontana, Gómez Benito, Ara Torralba y Calvo Carilla. Él, además, coordinó con Ignacio Peiró un curso en Jaca: «España fin de siglo: el universo cultural, social y político de Joaquín Costa».

La Institución Fernando el Católico

Cuando con notable retraso el entonces presidente de la Diputación de Zaragoza, Javier Lambán, le nombró director de la Institución Fernando el Católico,

una de las mayores y mejores de tipo provincial en España, Carlos llegó como un huracán. Aceleró los pasos medidos de sus antecesores para cambiar la vieja maquinaria, y terminar de limpiar la imagen de academia más o menos rancia; abrir la IFC, y sus recursos públicos, a personas y grupos de investigación de reconocida capacidad y mérito, tanto en lo relativo a la organización de cursos como la dirección de revistas y la promoción y gestión de las publicaciones, independientemente de que tuvieran o no relación orgánica o histórica con la IFC.

En esa línea, próxima a cumplir una década, se vienen realizando unos treinta cursos al año que proyectan y apoyan la docencia e investigación en la Universidad de Zaragoza, en ámbitos de ciencias humanas y sociales, preferentemente. Se publican unos setenta títulos al año, propuestas que son seleccionadas y pasadas a informes previos por una Comisión de Publicaciones creada a tal efecto, que procura, en la medida de lo posible, organizar en colecciones con una propia marca, como la de Historiadores de Aragón, la llamada «serie negra», que se ocupa de tratar e ilustrar visualmente temas de historia urbana zaragozana, la «serie verde», dedicada a la edición crítica de textos históricos, la naranja, etc. O «Letra última», que hace ediciones críticas de textos literarios recientes pensadas para la enseñanza, «Historia global», que aborda temas de especial significación historiográfica en el mundo actual, etc. Además, han sido numerosas y sobresalientes los cursos y reuniones científicas, conciertos, becas y premios, asesoramiento a municipios y a otras entidades, escaparate Cultural, etc. También se ha renovado la dirección de revistas: Jerónimo Zurita (Pedro Rújula), Archivo de Filología.

Cuando llegó estábamos acabando la Biblioteca Aragonesa de Cultura, que dirigí, medio centenar de libros que la IFC editaba con Ibercaja y ayudas puntuales de la DGA y los institutos de cultura turolense y altoaragonés. Carlos había contribuido a presentar uno de esos libros, junto con G. Fatás: *Uno de los nuestros. Memorias de un joven comunista, 1969-1979*, de Javier Delgado, en diciembre de 2002 en el Centro Pignatelli. Por mi parte, a su invitación, he realizado bastantes reseñas, asistido a actos, realizado informes sobre trabajos presentados para edición, algún prólogo. Y me llena de libros.

El viejo amigo

¿Qué balance puede hacerse de esta biografía intelectual de un viejo amigo, de trayectoria tan común o paralela en el último medio siglo? En esta especie de memoria compartida, queda clara la amistad intelectual, académica, incluso política. Amistad que se ha traducido también en muchos viajes juntos, que van

desde el Pau de los años setenta hasta la Viena de 2009, donde nos orientó y fuimos todos con él y su esposa, Papi Aznar, al famoso café Sacher, para probar sus pasteles de chocolate.

O en la asistencia a fiestas (también a penas) comunes, como la muy cautelosamente preparada para su sorpresa, cuando en 2006 cumplió los sesenta. Él no ha dejado de asistir, a su vez, a la que organizaron mis paisanos de la villa turolense de Andorra cuando en 2010 me hicieron hijo predilecto, participando con Borrás, Castro y Melero, en una mesa redonda. Precisamente allí habían sido maestros su prima hermana, Pili, y su marido Ángel Gracia, íntimos de mis tíos allí maestros igualmente. Porque ese es otro dato fundamental en unas vidas cruzadas: el conocimiento y trato familiar. Conocí a sus padres, y a la abuela paterna a la que visitamos un día en Teruel. Y, sobre todo, tanto mi mujer, Marisa, como yo, queremos mucho a Papi, tan vital y cariñosa siempre, tan alegre, tan buena profesional de la Psiquiatría.

Con ella nos han visitado hasta tres veces en nuestra casa de verano del Cabo Ortegal, en Cariño, la última en agosto de 2016, cuando aparecieron también por sorpresa junto a muchos otros familiares y amigos, a celebrar nuestras bodas de oro.

Carlos es más serio que formalista, ironiza pero no gusta de bromas, de una seguridad total para escribir en colaboración, defiende la socialdemocracia con energía, y gusta del buen vino y la amistad a prueba de bomba. Eso, diré para terminar, lo llevamos practicando desde hace muchísimos años, en una tertulia simpar, con otra media docena de colegas y amigos, cenando y guiñoteando los lunes, discutiendo afablemente, celebrando nuestras maravillosas veladas.